

Rául González Labbé

Alfonso Leng, Músico Chileno



ALFONSO Leng, dentista chileno con sangre británica y alemana en fraternal unión, tiene ya sesenta y cinco años pero se mantiene enhiesto en cuerpo y alma.

Su enorme actividad la reparte con juicio entre sus dos preocupaciones máximas: la docencia odontológica (parodoncia) y la composición musical.

Como profesor universitario desarrolla un plan de enseñanza vasto que rebasa el programa establecido por él mismo hace 25 años, para exhibir y entregar a los alumnos conocimientos de Química-Biológica, Patología General, Técnica de Laboratorio y Experimentación. Despierta y mantiene en el alumnado una llama viva de amor por la investigación científica, gracias a la cual su Cátedra ha aportado serias adquisiciones para el mejor conocimiento del paradencio y sus enfermedades.

Su labor como investigador es conocida y reconocida en todo Instituto científico que se preocupe de la

Piorrea Alveolar y su tratamiento, tanto en América como en Europa.

Pero no es al catedrático, al científico eminente, ex Decano de la Facultad de Odontología de la Universidad de Chile al que queremos presentar en estas líneas, sino al compositor Alfonso Leng. Claro que ambas personalidades no son más que un solo hombre (cosa que no lo saben ni siquiera todos los chilenos), un hombre de ancha frente y ojos soñadores; de tez blanca y sonrisa suave como la de un niño, embargado de una modestia casi enfermiza que quizás se explique por el predominio de su vida interior y por su horror a la farsa.

La música para Leng ha constituido el desahogo justo a su carácter pasional y retraído. Es ella personalísima y escapa a casilleros y escuelas conocidas. Puede hermanarse a veces a Schumann o recordar en sus composiciones orquestales a Wagner o Ricardo Strauss, pero estos parentescos son apenas epidérmicos, manteniéndose solo y puro como ningún otro compositor en el país.

Su labor artística comienza con dos Preludios para orquesta que fueron aplaudidos desde su primera ejecución en el Teatro Municipal de Santiago y en el Colón de Buenos Aires, más tarde. Después, da a conocer sus cuatro «Doloras» para piano solo, composiciones de alta calidad musical que han alcanzado popularidad desusada para esta clase de obras. El conocido profesor de armonía, Urrutia Blondel ha escrito sobre ellas «...en las composiciones que Leng ha llamado «Doloras» hay una síntesis de elementos rítmicos, armónicos y melódicos tan justa, frases de tal calidad expresiva que rara vez ha sido superada en otras obras chilenas».

En orden cronológico siguen en el índice de obras de Alfonso Leng, el Estudio N.º 1 para piano, ocho «Lieder» para canto y piano con textos en francés y en alemán. «En todos ellos la voz es tratada con sobriedad y pureza, como cantinela que fluye necesariamente en los enlaces armónicos» (Urrutia Blondel).

Aparece después «Cima», canción para un poema de Gabriela Mistral, la primera poetisa chilena y americana. En mil novecientos veintiuno, Alfonso Leng escribe su primer poema sinfónico para gran orquesta, «Alsino» inspirado en la hermosa novela del mismo nombre de Pedro Prado, el consagrado escritor nacional. Es esta la obra de mayor envergadura del Maestro y fué recibida con grandes aplausos por el público y la crítica, aún la más exigente. Erick Kleiber, el aplaudido director de orquesta, interpretó con la Sinfónica de Chile el poema «Alsino» durante una de sus cortas temporadas de conciertos en el Teatro Municipal de Santiago, demostrando con ello la alta calidad de la obra, su concepción maravillosa y la perfecta realización formal.

Más tarde escribe Leng, como contribución a la música de cámara, un trozo para quinteto: «Traurigkeit». Entre los años 1924-25 hay que situar la composición de cuatro Preludios para piano solo, de gran originalidad y gusto artístico; un Poema para piano; dos «Otoñales» de novedosa factura y su «Canción de Invierno» para orquesta. Esta última obra de gran contenido melódico ha sido ejecutada por la Sinfónica de Chile en varias oportunidades, siempre con éxito verdadero.

En los últimos años, la actividad creadora de nuestro primer compositor nacional, no ha estado floja.

Anotamos así la aparición de los Preludios para piano N.ºs 6, 7, 8 y 9; tres «lieder» con textos en francés; dos corales para voces mixtas y por sobre estas obras la gran «Fantasía» para orquesta y piano que ha merecido ser interpretada por la sinfónica de Chile y por la de la British Broadcasting Co. dirigida por Robinson y teniendo como solista al cotizado intérprete americano Tom Bromley.

Toda la música de Alfonso Leng está marcada por un brillo interior y subjetivo. La profundidad emocional, la serena expresión de su atormentada vida anímica importa más en sus creaciones que la realización técnica o la prolijidad del método.

Libre de influencias modernistas ha permanecido impermeable a jazz y músicas exóticas. Su sinceridad de hombre la ha mantenido en el arte como en la Ciencia, incólume. Se distinguen así sus composiciones por la ausencia de trucos técnicos o florituras deleznable. Nunca es más grande una obra de arte que cuando domina en ella la espontaneidad, la verdad personal e íntima del artista, este parece ser el lema de Leng en sus obras musicales.

Preocupado de los problemas de la ciencia odontológica; de estar al día en los hallazgos del Laboratorio; de resolver casos clínicos excepcionales, Alfonso Leng encuentra el tiempo suficiente para entregar a los amantes de la buena música, preludios, estudios y fantasías armoniosas, tal en pasadas épocas Borodine y César Cui en Rusia con los estudios de la Química el primero y de la estrategia, el segundo.

Hoy, Alfonso Leng ha sido propuesto para recibir el Premio Nacional de Arte. Personalidades de la crítica musical chilena han signado su nombre, primero

que ninguno, para que obtenga el galardón máximo del arte en nuestro país. Nosotros creemos seriamente que lo merece en justicia el autor de «Alsino» y para probar nuestra creencia hemos enumerado sin ropajes de retórica, sus mejores obras.

Rancagua, abril del 51.